



**LA AGENDA DE EUROPA: DESARROLLO INSTITUCIONAL,  
ECONOMÍA Y COMPETITIVIDAD**

**Foro Ambrosetti, Villa d'Este, 8 de septiembre de 2007**

Daré mi punto de vista sobre la economía europea, pero me centraré en los aspectos institucionales de la Unión.

A Europa o, al menos, a una parte importante de Europa, le sigue haciendo mucha falta una buena dosis de reformas económicas si no quiere seguir experimentando un declive económico tan palpable en las dos últimas décadas como evitable.

En la actualidad, Europa crece sustancialmente por encima de lo que lo ha hecho en los últimos años, y el desempleo ha comenzado a retroceder.

Estos datos son positivos, qué duda cabe, pero tienen un componente de espejismo y, sobre todo, pueden producir peligrosos efectos anestésicos. La recuperación económica europea entraña el riesgo de errar en el diagnóstico sobre la auténtica situación de la economía europea y de posponer las reformas que Europa necesita.

Digo esto por varias razones.

La primera es que una tasa de crecimiento en el entorno del tres por ciento es una tasa dos puntos inferior a la tasa de crecimiento de la economía mundial. Mientras, algunas economías europeas crecen a más del 10 por cien y otras de elevado PIB per cápita como la irlandesa casi doblan la tasa media europea de crecimiento económico.

La segunda razón procede de la comparación con los Estados Unidos. Me resulta decepcionante que Europa sólo sea capaz de crecer al mismo ritmo que la economía estadounidense cuando ésta se encuentra en su momento de mayor debilidad y la economía europea en su fase de mayor dinamismo.

Así no es de extrañar que los Estados Unidos registren pleno empleo mientras Europa sigue anclada en una tasa de paro cercana al 9 por cien. Y tampoco es de extrañar que la brecha en PIB por habitante entre los Estados Unidos y Europa siga creciendo sin parar. ¿Por qué sucede esto? Por no saber modificar la política económica.

Los Estados Unidos cambiaron de política económica a mediados de los ochenta y relanzaron su economía de la mano de las liberalizaciones económicas, la desregulación, la renovada apuesta por la competencia, la reducción de impuestos y las reestructuraciones empresariales.

Sin embargo, Europa entra desde finales de los setenta en una fase de estancamiento, incapaz de acometer reformas económicas. La crisis afectó a las cuatro grandes economías de la Europa continental: Alemania, Francia, Italia y España.

En otras palabras, los EE.UU. aceleran su PIB per cápita y Europa lo desacelera. Finaliza entonces la convergencia real y comienza a ensancharse el “gap” de prosperidad entre ambas orillas del Atlántico.

Algunos, los antiamericanos de siempre, los que vienen anunciando la inminente crisis de la economía estadounidense durante los últimos veinticinco años, que por supuesto no se ha producido, se frotan ahora las manos a raíz de la crisis hipotecaria, financiera y crediticia desatada en las últimas semanas.

Creo que se van a llevar una nueva decepción. Porque la economía norteamericana tiene bases muy sólidas. Es posible que a corto plazo se puedan producir ajustes. Todos sabemos que el sector de la construcción y el sector inmobiliario de la economía estadounidense están pasando malos momentos. Sabemos que hay balances contaminados por créditos de baja calidad. Sin duda esto puede lastrar la economía estadounidense y arrastrar parcialmente la economía mundial.

Y, naturalmente, sabemos que los ciclos económicos siguen existiendo.

Pero miremos un poco más allá. La economía estadounidense es una economía flexible, innovadora, de bajos impuestos, que atrae masivamente inversiones, que atrae a los mejores cerebros científicos del mundo, que tiene las mejores universidades del mundo, que cuenta con empresas enormemente competitivas, que tiene los mayores expertos económicos del mundo y una nación cuya población no sólo es relativamente joven sino que lo seguirá siendo en el futuro gracias a la inmigración.

Esto es una garantía de futuro. Una gran garantía de futuro. Algo que en Europa se echa en falta.

El tercer motivo de preocupación es que la actual tasa de crecimiento europea, sin ser demasiado elevada, se sitúa ya en su nivel potencial. Es frustrante comprobar que Europa no es capaz de crecer más sin entrar en desequilibrios. Las subidas de tipos del BCE no han sido más que una respuesta obligada a una tasa de inflación creciente y a las amenazas de mayor inflación futura.

Tradicionalmente, la economía atlántica ha sido el gran motor de la economía mundial, impulsado por dos locomotoras, la economía estadounidense y la economía europea. Sin embargo, esto comenzó a dejar de ser así hace veinte años y es ahora cuando el desplazamiento hacia el Pacífico del eje económico se ha hecho más palpable.

Pero, ¿por qué Estados Unidos, más allá de la coyuntura inmediata, sigue siendo un potente motor económico y continúa su despegue frente a Europa? Una primera clave se encuentra en la libertad económica, en su congénito espíritu emprendedor, en la defensa del individuo frente al Estado y en su estabilidad institucional.

Pero también en un factor que los economistas no citan, pero que tiene una gran importancia: su propia confianza en los valores en los que se sustenta su civilización, los valores occidentales.

Europa está recogiendo los frutos que ha sembrado.

Estas se resumen en el anquilosamiento de su economía, excesivamente rígida, demasiado intervenida, protegida y estatificada, castigada con excesivos impuestos y entregada al discurso buenista del “trabajar menos y ganar más”. Ese cóctel es una receta segura para el fracaso económico.

Europa necesita reformas económicas profundas, como las que acordamos en Lisboa en el año 2000. Pero esas reformas se han venido aplazando en muchos países, algunos de los cuales han dado, incluso, pasos en la dirección contraria.

Europa ha cometido demasiados errores.

El primer error ha sido de tipo estratégico, equivocando los objetivos y transmitiendo a los ciudadanos la idea de que sus prioridades, que pasan por la creación de empleo en una economía como la europea, con muchos millones de parados, no son las de los líderes políticos europeos, enfrascados en cambiar aspectos institucionales ligados al reparto del poder.

Y es que no deja de tener su gracia que algunos hayan insistido tanto en la necesidad de reformar el Tratado de Niza con urgencia para evitar una supuesta parálisis del proyecto europeo ampliado cuando, por un lado, Niza lleva ya años funcionando perfectamente en la Europa ampliada y cuando, además, se ha decidido mantener Niza diez años más, hasta el 2017. Si era tan esencial y urgente, ¿por qué esperar diez años más?

Un segundo error fue la reforma del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, sobre todo porque se transmitió el mensaje de que las reglas se cambian cuando algunos no le gustan. Aquella reforma perjudicó la confianza institucional en Europa.

El tercer gran error fue vaciar de contenido la Directiva Bolkestein, renunciando a hacer realidad el mercado único de servicios.

El cuarto error es el neonacionalismo económico.

El quinto error es el excesivo tamaño del sector público, en su doble dimensión: un gasto público en términos del PIB mayor del necesario y una excesiva presencia de empresas públicas.

El sexto error reside en el insuficiente grado de competencia en los mercados de bienes y servicios, que resulta de la falta de voluntad política para poner en práctica medidas de liberalización.

Los efectos de la falta de competencia son muy perniciosos. Los consumidores europeos compran más caro, pierden poder de compra y reclaman mayores salarios. La industria europea se abastece con materias primas más caras. Las empresas pierden incentivos a innovar. Todo ello garantiza el deterioro competitivo europeo en el medio y largo plazo, lo que es sinónimo de decadencia económica y de lastre para la prosperidad.

Parece mentira que el objetivo esencial de la génesis de la Unión siga siendo, cincuenta años después, un reto pendiente. Otra gran diferencia con los Estados Unidos, un gran mercado y no veinticinco ni cincuenta y uno.

Un octavo error ha sido perseverar en el proteccionismo comercial, que hoy no toma la forma de aranceles y contingentes, que también, sino la de regulaciones y estándares de efectos proteccionistas.

El noveno error europeo reside en los intentos de algunos políticos de situar el foco del problema en los tipos de interés y las decisiones del Banco Central Europeo. Parece mentira que algunos todavía confíen en la máquina de crear dinero como solución providencial a los problemas económicos. El BCE ha sido injustamente acusado de ser el responsable del bajo crecimiento económico europeo, principalmente por aquellos políticos que no han tenido la valentía de acometer reformas estructurales impopulares o con cierto coste político.

Y es que el diagnóstico económico es erróneo: el problema económico europeo es un problema de oferta, estructural, de ausencia de reformas en los mercados de bienes, servicios y factores, no de demanda. La política monetaria no tiene la capacidad de elevar el crecimiento económico de Europa a largo plazo.

El décimo elemento de debilidad viene dado por el mercado de trabajo, sujeto a normas que establecen demasiadas rigideces, demasiados impuestos sobre el uso del factor trabajo, pocas horas de trabajo anuales en relación con países de similar nivel de desarrollo e insuficiente crecimiento de la productividad.

El undécimo elemento de debilidad viene dado por la mayoría de los sistemas de seguridad social, que no incentivan adecuadamente la aceptación de empleos y se exceden en sus prestaciones incurriendo en una generosidad mal entendida.

El duodécimo error viene dado por su debilidad energética, en buena parte voluntariamente asumida, que se traduce en graves riesgos estratégicos.

Y el decimotercer error viene dado por la pasividad mostrada por Europa ante el fenómeno de la inmigración. Hasta ahora, la mayor parte de Europa no ha gestionado sus flujos inmigratorios con criterios racionales. En lugar de elegir los inmigrantes, ha sido un espectador pasivo del fenómeno de la inmigración.

Pero, con todo, quizás el peor error de todos es el relativismo ideológico, la renuncia a defender los valores occidentales, aquellos en los que se sustenta nuestra civilización. Eso se paga muy caro, y explica la decadencia europea.

Todos estos errores tienen consecuencias. Los ciudadanos europeos los pagan en forma de bajo crecimiento, elevado desempleo, sistemas de seguridad social en peligro, baja demografía y poca confianza en el futuro.

¿Qué debería hacer Europa para reactivar su economía?

Lo primero, y ante todo, reconocer que tenemos un problema.

Los líderes europeos deberían, en primer lugar, retomar la Estrategia de Lisboa y aprobar un plan de choque de reformas y liberalizaciones, como los que aprueba un gobierno liberal y reformista cuando accede al poder.

Ese gran paquete de reformas económicas debería incorporar la genuina Directiva Bolkestein y hacer realidad de una vez el mercado único de servicios.

El paquete de liberalización debería también incorporar un impulso definitivo de la Unión Europea a la conclusión con éxito de la Ronda Doha. Esto exige de la Unión Europea una mayor generosidad en sus ofertas de negociación, en particular, en lo que se refiere al desmantelamiento progresivo de las subvenciones a las exportaciones agrarias.

Al mismo tiempo, Europa debe volver mucho más decididamente a sus orígenes atlánticos, a los que nunca debió renunciar. Una de las vías más efectivas es avanzar hacia la plena integración de la economía del Atlántico norte. Europa debe acordar con los Estados Unidos la creación de un Área Atlántica de Prosperidad abierta al resto del mundo. Se trata de firmar un acuerdo económico atlántico entre la Unión Europea y los Estados Unidos pero abierto al resto del mundo, centrado en la eliminación de barreras transatlánticas distintas a las tradicionales, y sobre las que la Ronda Doha no operaría: regulaciones proteccionistas, estándares distintos, decisiones sobre competencia.

Los pasos dados en la última Cumbre Europa-Estados Unidos son positivos pero insuficientes.

El paquete de reformas al que antes me he referido debería asimismo aprobar una norma comunitaria que impida de forma efectiva a los Estados miembros bloquear las operaciones empresariales intracomunitarias, si es necesario recurriendo a sanciones económicas disuasorias similares a las que impone el Pacto de Estabilidad y Crecimiento.

Ese mismo paquete de reformas debería incorporar la necesaria privatización de muchas empresas que operan en el mercado comunitario y que aún continúan en manos de los Estados miembros.

El último elemento importante vendría dado por el refuerzo de la independencia del Banco Central Europeo impidiendo cualquier tipo de presión política directa o indirecta al BCE o a su política monetaria.

Otras reformas sólo están en la mano de cada uno de los gobernantes de los Estados miembros, en concreto, la reducción del gasto público, la bajada de impuestos, la reforma del mercado de trabajo y la reforma del sistema de protección social y la reforma de la política energética.



Europa debe plantearse si puede soportar el riesgo estratégico de la dependencia energética exterior y si no es el momento de reflexionar sobre la opción de reactivar la energía nuclear, en línea con lo que ha señalado la Comisión Europea. Francia es un buen ejemplo para el resto de Europa.

Le aseguro que todas estas reformas son factibles. Sólo se necesita voluntad política.